



MIKEL CASAL

A LA INTEMPERIE

J. J. ARMAS MARCELO

Fogwill en Thassos

Me pasé toda la comida en el Thassos de Madrid hablándole a Paula Izquierdo de los *Cuentos completos* de Fogwill, que Alfaguara ha traído de Argentina. «Un regalo, una joya», le dije. Añadí que era un escritor de fábula, de los pocos que en nuestra lengua asume la tradición, y cuanto todavía no está escrito, como algo propio. Parece aventurero (debe de serlo), escribe de ajedrez, náutica, amores; de la vida que ha llevado o que inventa, de viajes, de barrios que dibuja en su memoria o que esboza en su imaginación. «Tie-

ne una palabra única para contar», le dije a Paula Izquierdo. En Fogwill está todo, desde Quiroga a Macedonio, desde Filloy a Arlt: un maestro.

El griego Thassos nos oía a un par de metros. Se acercó y nos dijo que sus escritores favoritos eran poetas: Kavafis y Elytis. Es un lector y un gran cocinero que se aventura en recetas mixtas con un espíritu siempre mediterráneo. En una pared, una pintura de Méndez, su amigo, hace decir a Paula Izquierdo una gloria nada efímera: «Desde aquí, es García Márquez tocando el acordeón».

LLEVO DOS DÍAS LEYENDO LOS CUENTOS DE FOGWILL CON UNA LENTITUD DE TORTUGA LECTORA PORQUE, AUNQUE EXACTAMENTE QUIERO LEERLO, EXACTAMENTE NO QUIERO TERMINAR DE LEERLO, PARA QUE NO SE ACABE EL PLACER DE ESA LECTURA

Es verdad. De perfil es García Márquez.

En un momento de la comida (una ensalada de rúcula con ibérico, ¡un atún rojo colosal!, postre dulce griego de frutos secos, regado todo con un caldo semicrianza Ribera del Duero, amistad y risas), llamo a un camarero y la pregunto su nombre. «Gabo», me dice (se sonríe). ¿Gabo tocando el acordeón en Thassos? Largo un silbido largo. «Soy georgiano», añade. «¡Como Estuchenko!», lo entrampo. «No, él es ruso siberiano.»

Con Thassos hablamos de Kazantzakis. «Acabó mal con la iglesia», me recuerda. Aprovecho y regreso a Fogwill. Cuento los relatos «Japonés» (espléndida lección de lo que es un cuento), «La chica de tul en la mesa de enfrente» (maravilla morbosa que abre las fauces de la curiosidad del lector malsano), «La cola» (el sarcasmo de la política) y «La larga risa de todos estos años» (una broma tan literaria como las mujeres que lo protagonizan). Cuento «Sobre el arte de la novela» (otra lección), la ironía de «Help a él» y «Los pasajeros del tren de una noche» (para plagiarlo).

Después digo que estoy en la estación paradójica del lector cuando lee un libro que lo vuelve loco. No puedo dejar de leerlo. Y, aunque me apresuro a leerlo, trato de frenar la lectura sin que el motor se cale, regocijándome en la fruta fresca, en el vino exacto de la página, en la más inesperada esquina del relato. Llevo dos días leyendo los cuentos de Fogwill con una lentitud de tortuga lectora porque, aunque exactamente quiero leerlo, exactamente no quiero terminar de leerlo, para que no se acabe el placer de esa lectura, el atún rojo perfectamente tibio, el ibérico hasta más allá del paladar de la memoria. Digo más: digo que me enamoré de las mujeres de «La larga risa de todos esos años», que me hubiera gustado mucho escribir con tanta maestría ese cuento (no otro) y ser al mismo tiempo protagonista de la aventura que corren quienes beben vino en Buenos Aires y se ríen de amor después de pelearse (de amor también) violentamente.

Fogwill, pues: un escritor que no me canso de leer, que no quiero terminar de leer. Thassos, el griego, me dice que podemos hacer el bacalao con mojo picón de mi tierra, con papas sancochadas y cebolla caramelizada. Así de espléndidos son también los cuentos de Fogwill: para comérselos de placer. Al final de la velada, Paula le pide a Gabo un tango de acordeón, y a Thassos, una botella de *ouzo*. Seguimos en la literatura, en el placer de hablar y en la complicidad de Fogwill. Thassos nos trae la botella de *ouzo* recitando a Elytis. Luego habla de Cavafis. Le digo que estuve una vez, no hace ni un año, en el Microlimano del Pireo hablando de Onetti. «Tomé una dorada salvaje a la plancha, marcada, y rociada con vino griego. Al borde del mar, que se podía tocar con una mano», le dije a Thassos. Mientras hablábamos, ¿tocaba el Gabo del cuadro *Volver* al acordeón? Bandoneón, diría Fogwill, argentino más allá de Argentina. A media tarde abandoné Thassos, le dije adiós a Paula y volví a las páginas de Fogwill. ¡Y luego dicen que el libro es caro! ■